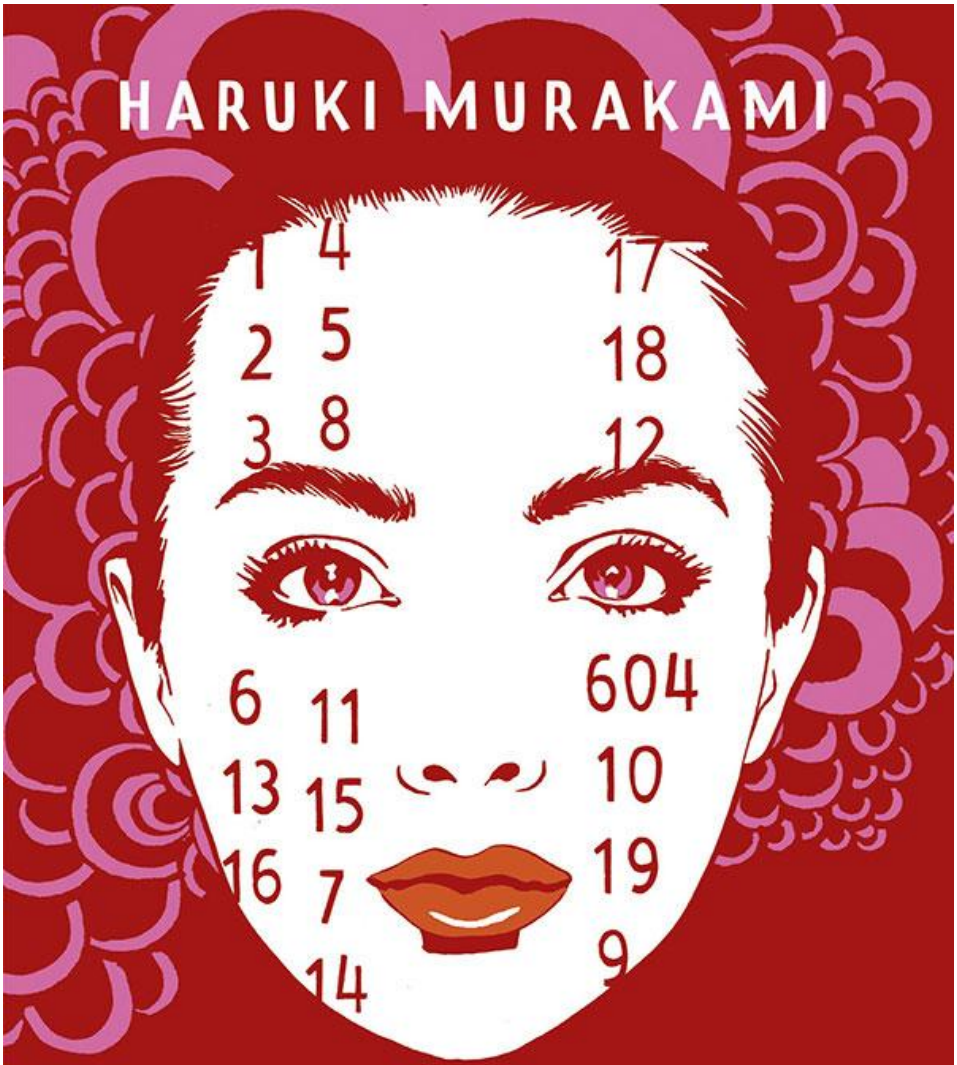
HARUKI MURAKAMI



LA CHICA DEL CUMPLEAÑOS

ILUSTRACIONES DE KAT MENSCHIK

Lectulandia

Una joven camarera cumple veinte años. Pero no pasa ese día rodeada de amigos o celebrando su cumpleaños en familia: ella tiene que trabajar. Su jefe, el gerente del restaurante, le pide, además, que lleve la cena al dueño del local. Es algo nuevo. Y nunca ha visto al propietario.

Con ese misterioso encargo se inicia este delicioso relato que transcurre como en un sueño.

Soberbiamente ilustrado por la artista alemana Kat Menschik, el volumen se cierra con un posfacio de Haruki Murakami, titulado «*Mi cumpleaños*», en el que repasa los hitos de su generación, la que creció con el rock'and roll y la rebeldía del 68, y explica qué significa para él cumplir años.

Lectulandia

Haruki Murakami

La chica del cumpleaños

ePub r1.0
Watcher 25-04-2018

Título original: *Basudei garu*
Haruki Murakami, 2004
Traducción: Lourdes Porta Fuentes
«*La chica del cumpleaños*» se publicó en el volumen *Sauce ciego, mujer dormida*
Ilustraciones: Kat Menschik
Arte de cubierta: Kat Menschik

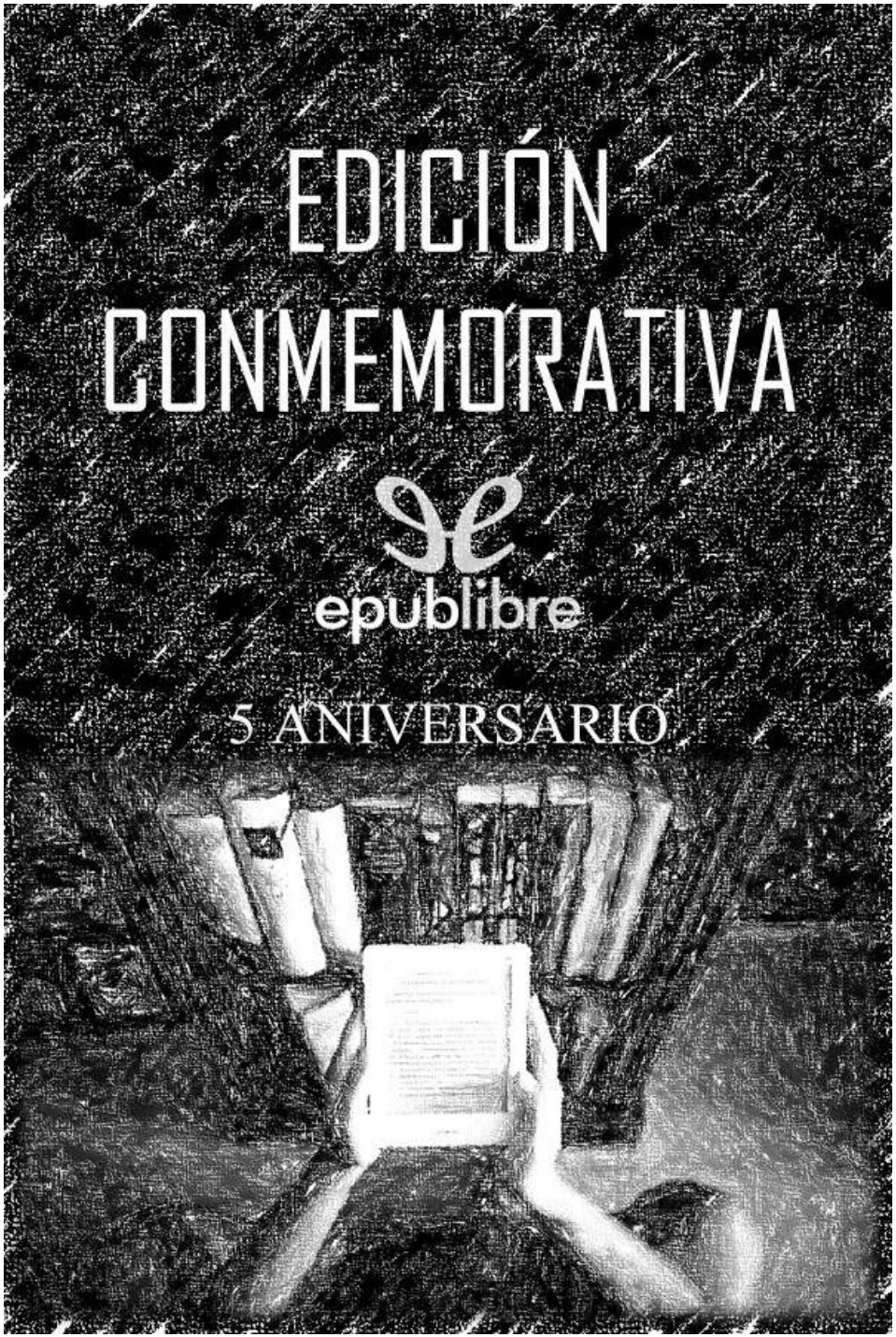
Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublibre

5 ANIVERSARIO

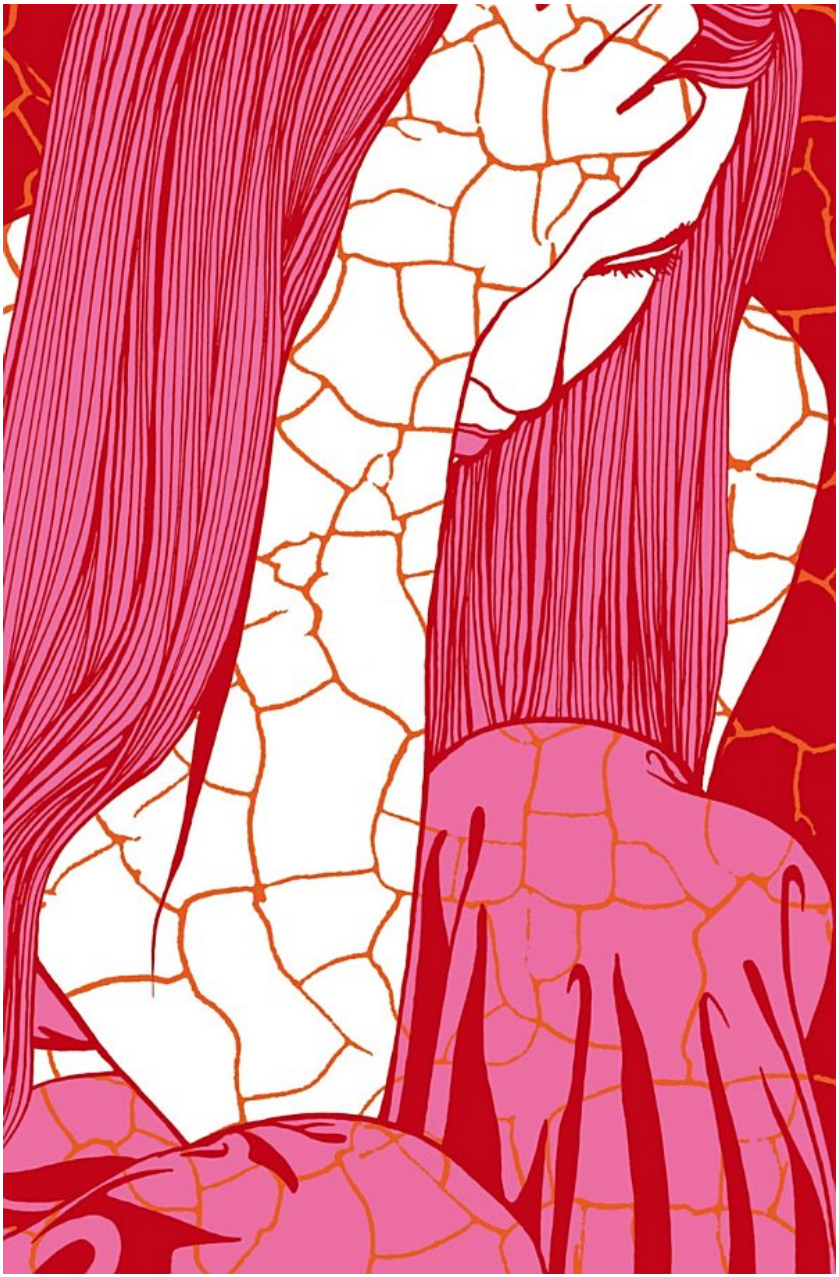


LA CHICA DEL CUMPLEAÑOS

El día de su vigésimo cumpleaños también trabajó de camarera, como de costumbre. Le tocaba todos los viernes, pero, de hecho, *aquel* viernes por la noche no debería haber trabajado. Había cambiado su turno con otra chica que también trabajaba por horas. Lógico. La mejor manera de pasar el vigésimo cumpleaños no es sirviendo *gnocchi* de calabaza y *fritto misto di mare* entre los berridos del cocinero. Pero el resfriado de la compañera con quien debería haber intercambiado el turno empeoró y la compañera tuvo que meterse en cama. Con casi cuarenta grados de fiebre y una diarrea imparable, de ninguna manera podía ir a trabajar. Ésa era la situación, no había vuelta de hoja. Y fue ella quien tuvo que acudir apresuradamente al trabajo.

—No te preocupes —consoló por teléfono a la enferma ante sus disculpas—. Que una cumpla veinte años no significa que tenga que hacer algo especial.

En realidad, la decepción no había sido muy grande. Y una de las razones era que, días atrás, había tenido una seria disputa con su novio, la persona con quien debería haber pasado la noche de su cumpleaños. Salían juntos desde el instituto y la pelea había empezado por una tontería. Pero la historia se había complicado de manera insospechada y, tras corresponder a una palabra ofensiva con otra insultante, y viceversa, ella sintió que se habían roto de manera irreversible los lazos que los unían. En su corazón, algo se había endurecido como una piedra y había muerto. Después de la pelea, él no la había llamado y a ella tampoco le apeteció llamarlo a él.



Trabajaba en un restaurante italiano bastante conocido del elegante barrio de Roppongi. El local databa de mediados de los sesenta y su cocina, pese a carecer del ingenio de la cocina de vanguardia, era excelente, con lo que uno no se hartaba de comer allí. El ambiente era tranquilo y relajado, nada agobiante. La clientela habitual la componían, más que jóvenes, gente madura, y entre ella se contaban algunos escritores y actores famosos, cosa en absoluto extraña en aquella zona.

Dos camareros fijos trabajaban seis días a la semana. Ella y otra estudiante trabajaban a tiempo parcial, por turno, tres días a la semana cada una. Además, había un encargado. Y una mujer delgada de mediana edad que se sentaba tras la caja registradora. Se decía que la mujer llevaba en el mismo sitio desde la inauguración del local. Apenas se levantaba de su asiento, como la patética abuela de *La pequeña Dorrit* de Dickens. Cobraba y contestaba el teléfono. No tenía otra función. No abría la boca si no era estrictamente necesario. Siempre vestía de negro. Su apariencia era dura, fría, y, de estar flotando en el mar de noche, el barco que hubiese chocado con ella seguro que se habría hundido.

El encargado rondaba la cincuentena. Era alto, ancho de espaldas, posiblemente de joven había sido deportista. Ahora empezaba a echar barriga y papada. El pelo, corto y duro, le clareaba un poco por la coronilla. Lo envolvía, en silencio y soledad, el olor propio de los solterones. Un olor a caramelos de eucalipto y papeles de periódico guardados juntos en un cajón. Un tío soltero de la chica olía de la misma forma.

El encargado vestía traje negro, camisa blanca y llevaba pajarita. No una de esas de corchete, sino de las que se anudan de verdad. Era muy diestro y sabía hacerse el lazo sin mirarse al espejo. Para él, eso era un motivo de orgullo. Su trabajo consistía en controlar las entradas y salidas de la clientela, saber cómo iban las reservas, conocer el nombre de los clientes habituales, saludarlos sonriente cuando llegaban, escuchar con aire sumiso las quejas que tuvieran, responder con la mayor precisión posible a las preguntas especializadas sobre vinos y supervisar, perfecto con su pajarita, el trabajo de los camareros. Desempeñaba su labor, día tras día, con eficacia. Otra de sus funciones era llevarle la cena al propietario del local.

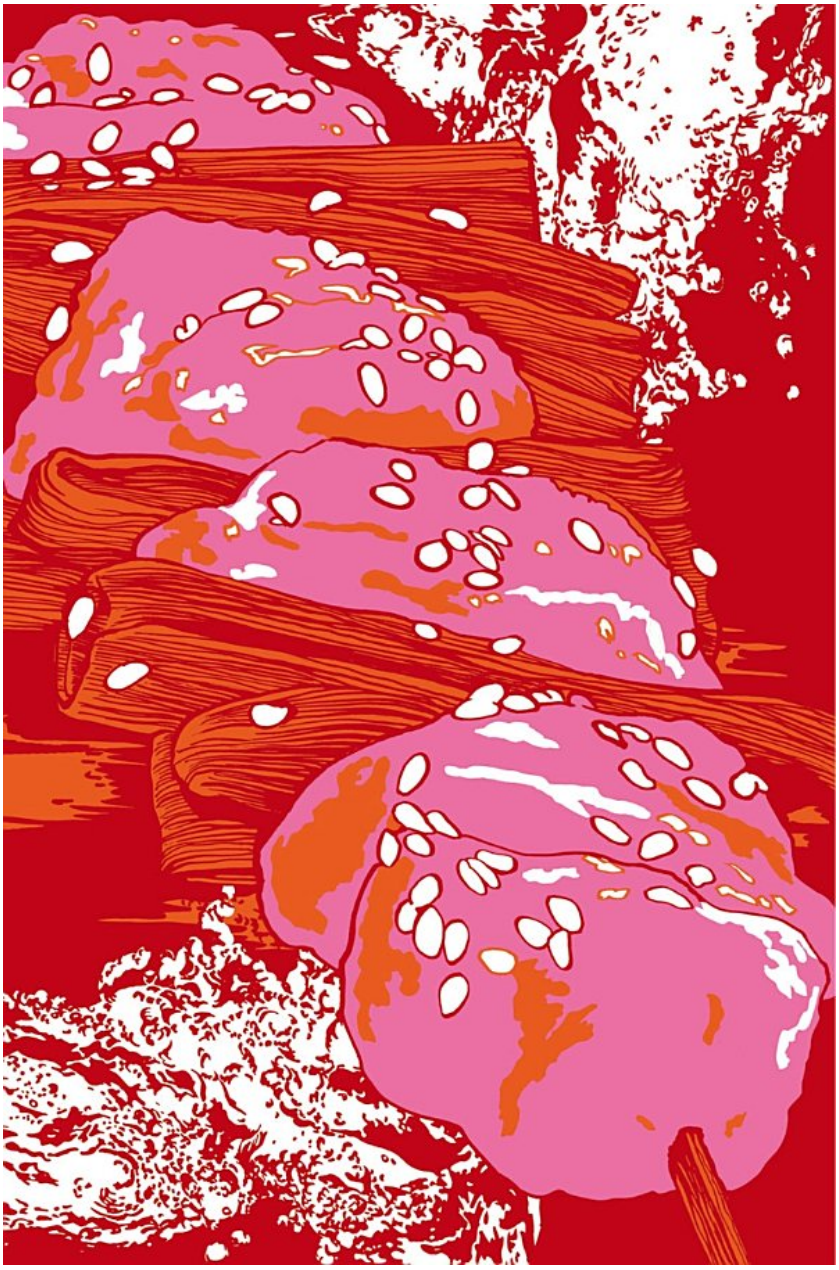
—El dueño tenía una habitación en la sexta planta del mismo edificio. No sé si vivía allí o si la utilizaba como despacho —dice ella.

Ella y yo hemos empezado a hablar por casualidad sobre nuestro vigésimo cumpleaños. Sobre cómo pasamos el día y demás. La mayoría de la gente recuerda muy bien el día en que cumplió los veinte años. Ella hace más de diez que los cumplió.

—Pero el dueño, vete a saber por qué, no aparecía nunca por el restaurante. El único que lo veía era el encargado, solamente él le llevaba la comida. Los trabajadores subalternos ni siquiera sabíamos qué cara tenía.

—¿O sea que el propietario encargaba todos los días la comida a su propio restaurante?

—Pues sí —dice ella—. Todos los días, pasadas las ocho, el encargado le llevaba al dueño la cena a su habitación. Era la hora en que el local estaba más lleno, y que el encargado desapareciera justo en ese momento suponía un problema, pero no había nada que hacer. Así había sido desde siempre. El encargado ponía la comida en un carrito de esos del servicio de habitaciones de los hoteles, lo empujaba con aire sumiso hasta el ascensor, subía y, unos diez minutos después, regresaba con las manos vacías. Una hora más tarde volvía a subir y bajaba el carrito con los platos y vasos vacíos. Y eso se repetía, día tras día, de manera idéntica. La primera vez que lo vi me quedé de piedra. Parecía un ritual religioso. Pero después me acostumbré y dejé de prestarle atención.



El dueño comía siempre pollo. La manera de cocinarlo y las verduras de guarnición variaban según el día, pero tenía que ser pollo. Un joven cocinero me contó una vez que le había servido el mismo pollo asado una semana seguida para ver qué pasaba, pero que no le oyó una sola queja. Con todo, los cocineros intentaban siempre idear nuevas recetas y los sucesivos chefs se imponían el reto de cocinar el pollo de todas las maneras posibles. Elaboraban salsas complicadas. Probaban el pollo de distintos proveedores.

Pero todos sus esfuerzos resultaban tan inútiles como lanzar piedrecitas al abismo de la nada. No se producía reacción alguna. Y todos acababan resignándose a cocinar, día tras día, un plato de pollo corriente y moliente. *Que fuese pollo* era todo lo que se les pedía.

El día de su vigésimo cumpleaños, un 17 de noviembre, la jornada laboral se inició como de costumbre. La llovizna que había empezado a caer a primera hora de la tarde se convirtió, al anochecer, en un aguacero. A las cinco, el personal se reunía a escuchar las explicaciones del encargado sobre el menú del día. Los camareros debían aprendérselo palabra por palabra, sin llevar chuleta. Ternera a la milanesa, pasta con sardinas y col, *mousse* de castañas. A veces, el encargado hacía el papel de cliente y los camareros tenían que responder a sus preguntas. Luego comían lo que les servían. No fuera a ser que les rugieran las tripas mientras anunciaban el menú a los clientes.

El restaurante abría a las seis, pero, debido al aguacero, aquel día los clientes se retrasaban. Incluso hubo quien canceló la reserva. Las mujeres detestan mojarse el vestido. El encargado mantenía los labios apretados con aspecto malhumorado, y los camareros, para matar el tiempo, limpiaban los saleros o hablaban con el cocinero sobre la comida. Ella recorría con la mirada el comedor, ocupado tan sólo por una pareja, mientras escuchaba la música de clavicordio que sonaba a bajo volumen por los altavoces del techo. El profundo olor de la lluvia de finales de otoño invadía el comedor.

Eran las siete y media pasadas de la tarde cuando el encargado empezó a encontrarse mal. Se derrumbó tambaleante sobre una silla y permaneció unos instantes apretándose el vientre. Era como si

hubiese recibido en la barriga el impacto de una bala. Grasientas gotas de sudor le poblaban la frente.

—Creo que debería ir al hospital —dijo con voz pesada.

Era muy raro que el encargado se encontrara mal. Desde que había entrado a trabajar en el restaurante, diez años atrás, no había faltado ni un solo día. Jamás había estado enfermo, y nunca se había hecho ningún daño. Ése era otro motivo de orgullo para el encargado. Pero su cara contraída por el dolor anunciaba que la cosa iba muy en serio.

ТАЖ

Ella abrió un paraguas, salió a la calle principal y paró un taxi. Un camarero sostuvo al encargado hasta el taxi, lo ayudó a subir y lo llevó a un hospital cercano. Antes de subir al taxi, el encargado le dijo a ella con voz ronca:

—A las ocho lleva la cena a la habitación seiscientos cuatro. Sólo tienes que llamar al timbre, decir: «Aquí tiene su comida», y dejarla allí.

—La seiscientos cuatro, ¿verdad?

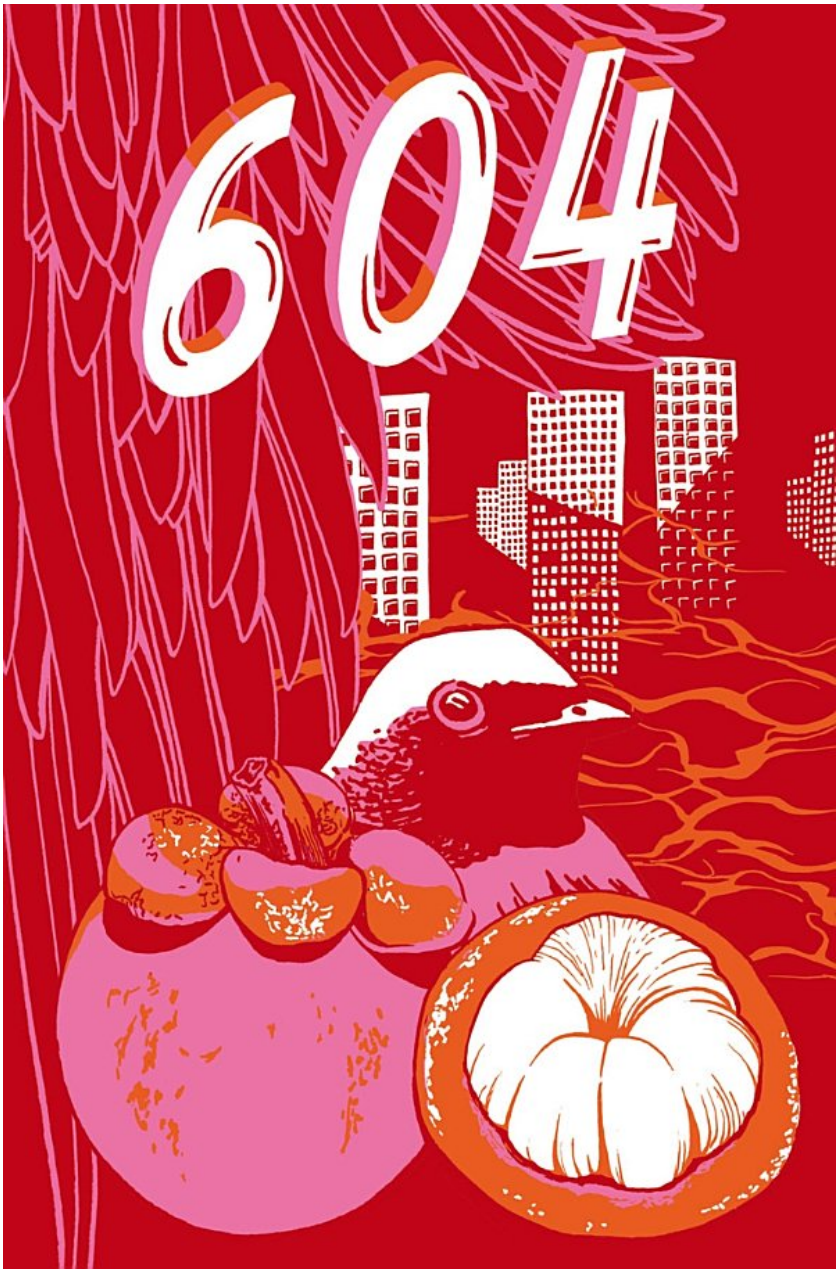
—A las ocho en punto —insistió el encargado. Hizo otra mueca de dolor. La portezuela del taxi se cerró y él se fue.

Tras la marcha del encargado, siguió sin amainar la lluvia y los clientes, no muchos, continuaron llegando. Únicamente había una o dos mesas ocupadas a la vez. Así que la ausencia del encargado y de uno de los camareros no supuso ningún problema.

Se podría llamar a eso buena suerte. No eran pocas las veces en que había tanto trabajo que les costaba controlar la situación aun estando todo el personal presente.

A las ocho, cuando estuvo lista la cena del dueño, ella condujo el carrito hasta el ascensor, lo metió y subió al sexto piso. Un botellín de vino tinto descorchado, una cafetera llena, el plato de pollo, las verduras tibias de acompañamiento, pan y mantequilla: lo mismo de siempre. El intenso olor del pollo llenó pronto el pequeño ascensor, mezclado con los efluvios de la lluvia. Al parecer, alguien había subido en el ascensor con el paraguas mojado, porque en el suelo había un pequeño charco.

Avanzó por el pasillo, se detuvo ante la puerta 604 y repitió para sí, una vez más, el número que le habían dado. El 604. Y, tras un carraspeo, pulsó el timbre que había junto a la puerta.


604

Nadie respondió. Ella permaneció inmóvil ante la puerta unos veinte segundos. Cuando se disponía a volver a pulsar el timbre, de repente la puerta se abrió hacia dentro y apareció un anciano pequeño y delgado. Sería unos siete centímetros más bajo que ella. Llevaba traje oscuro y corbata. La camisa era de color blanco y la corbata tenía la tonalidad de la hojarasca. Pulcro, impecable, el pelo cuidadosamente alisado, parecía listo para acudir a una fiesta nocturna. Las profundas arrugas que le surcaban la frente hacían pensar en recónditos valles fotografiados desde el aire.

—Aquí tiene su cena —dijo ella con voz ronca. Y volvió a carraspear ligeramente. El nerviosismo siempre le enronquecía la voz.

—¿La cena?

—Sí. El señor encargado se ha sentido indispuesto de repente y le traigo yo la cena en su lugar.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano, como si hablara para sí, con una mano apoyada en el pomo de la puerta—. Ya veo. ¿Así que se encuentra mal?

—Sí. Ha empezado a dolerle el estómago de repente —le contó ella—. Y ha ido al hospital. Dice que posiblemente se trate de apendicitis.

—¡Vaya! —exclamó el anciano—. ¡Lo siento!

Ella carraspeó.

—¿Desea el señor que le entre la cena?

—¡Ah, claro! —dijo el anciano—. Si tú quieres.

«¿Si yo quiero?», pensó ella. «Vaya manera más extraña de hablar. ¿Qué diablos voy a querer yo?»

El anciano abrió la puerta de par en par y ella empujó el carrito con la vajilla y la cena hacia el interior. Una alfombra gris de pelo corto cubría por completo el suelo y no era preciso quitarse los zapatos al entrar. Parecía más un despacho que una vivienda y se había acondicionado como un amplio estudio. Por la ventana se veía, tan cercana que casi parecía que pudiera tocarse, la Torre de Tokio completamente iluminada. Ante la ventana había un gran escritorio y, junto a éste, un pequeño tresillo. El anciano señaló la mesita que había delante del sofá. Una mesita baja de superficie plastificada. Ella dispuso allí la cena. La blanca servilleta de tela y los cubiertos de plata. La cafetera y la taza de café, el botellín de vino y la copa, el pan y la mantequilla, y, por fin, el plato de pollo y la guarnición de verduras.

—Vendré a recogerlo todo dentro de una hora, señor. ¿Será tan amable de sacar los platos vacíos al pasillo, como de costumbre? —preguntó ella.

El anciano contempló durante unos instantes con profundo interés la comida dispuesta sobre la mesita y, después, respondió como si se acordara de repente.

—¡Ah, claro! Los dejaré en el pasillo. En el carrito. Dentro de una hora. Si así lo quieres…

«Sí, en este momento, eso es lo que quiero», se dijo ella.

—¿Desea algo más el señor?

—No, nada más —respondió el anciano después de pensárselo unos instantes. Calzaba unos zapatos de piel negra, bruñidos y brillantes. Unos zapatos de pequeño tamaño, muy elegantes. «¡Qué bien vestido va!», pensó ella. «Y tiene muy buen porte para su edad.»

—Entonces, con su permiso…

—No, espera un momento —dijo el anciano.

—Sí. ¿Qué desea?

—Escucha, jovencita, ¿podrías dedicarme cinco minutos de tu tiempo? —preguntó el anciano—. Me gustaría hablar contigo.

«¿Jovencita?» Al oírlo, se ruborizó.

—Sí. Claro. No creo que haya problema. Es decir, si se trata de cinco minutos —dijo.

¡Pero si ella era una empleada suya que cobraba por horas! No se trataba de ofrecer o quitarle el tiempo a nadie. Además, el

anciano parecía una persona incapaz de hacerle daño.

—Por cierto, ¿cuántos años tienes? —preguntó el anciano, de pie al lado de la mesita, con los brazos cruzados sobre el pecho, mirándola directamente a los ojos.

—Pues ahora tengo veinte —dijo ella.

—*¿Ahora* tienes veinte? —repitió el anciano. Y entrecerró los ojos como si estuviera atisbando por una rendija—. Eso de que *ahora tienes veinte* debe de significar que no hace mucho que los tienes, ¿verdad?

—Pues no, señor. Acabo de cumplirlos. —Y, tras dudar unos instantes, añadió—: En realidad, hoy es mi cumpleaños.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano acariciándose la barbilla como si quisiera convencerse de algo—. ¡Ah, claro! Ya veo. Así que hoy cumples veinte años.

Ella asintió en silencio.

—Hace exactamente veinte años que, en un día como hoy, tú viste la luz por primera vez.

—Pues sí, en efecto.

—¡Ya veo! ¡Ya veo! —exclamó el anciano—. ¡Qué bien! ¡Felicidades!

—Muchas gracias —dijo ella. Pensándolo bien, era la primera vez que la felicitaban aquel día. Claro que, al volver a su apartamento, tal vez encontrara un mensaje de sus padres desde Ōita en el contestador automático.

—Eso hay que celebrarlo —dijo el anciano—. Es algo magnífico. ¿Qué te parece, jovencita? ¿Brindamos con un poco de vino tinto?

—Muchas gracias. Es que estoy trabajando y…

—Por un poco de vino no pasa nada. Además, si te invito yo, nadie va a decirte nada. Sólo un sorbito, para celebrarlo.

El anciano extrajo el tapón de corcho, le sirvió a ella un poco de vino en la copa, sacó otra copa para él de un pequeño armario con puerta de cristal, una copa normal y corriente, y se la llenó de vino.

—¡Feliz cumpleaños! —le deseó el anciano—. Que tu vida sea rica y fructífera. Que ninguna sombra la empañe jamás.

Brindaron los dos.

«Que ninguna sombra la empañe jamás…» Ella repitió para sí las palabras del anciano. ¿Por qué hablaría aquel hombre de forma tan peculiar?

—Veinte años sólo se cumplen una vez en la vida. Y son algo tan valioso, jovencita, que no pueden ser reemplazados por nada.

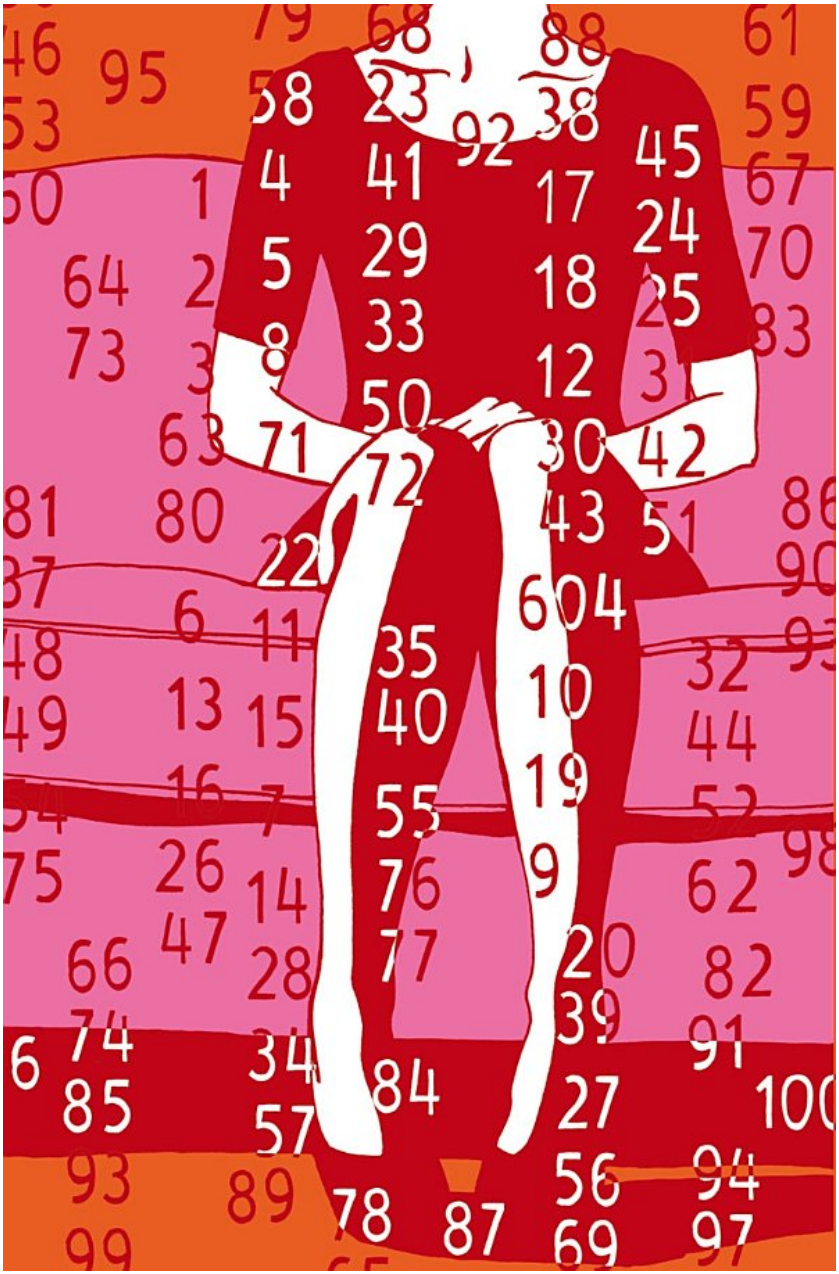
—Sí —repuso ella. Y bebió, con cautela, un único sorbo de vino.

—Y tú, en un día tan importante como éste, me has traído la cena. Igual que un hada bondadosa.

—Yo me he limitado a hacer lo que me han dicho.

—Incluso así —dijo el anciano—. Incluso así. Hermosa jovencita.

El anciano se sentó en un sillón de piel que había delante del escritorio. Y le señaló el sofá. Ella se sentó en la punta del asiento, todavía con la copa de vino en la mano. Con las rodillas juntas, tiró del dobladillo de la falda. Y carraspeó. Miró cómo los gruesos goterones de lluvia trazaban líneas al otro lado del cristal. En la habitación reinaba un extraño silencio.



—Hoy cumples veinte años y, además, me has traído una magnífica comida caliente —dijo el anciano como si quisiera confirmarlo una vez más. Y dejó la copa sobre el escritorio con un golpecito—. ¡Qué dichosa coincidencia! ¿No te parece?

Ella asintió, no muy convencida.

—Así pues —dijo el anciano, palpándose el nudo de la corbata de tonalidad parecida a la hojarasca—, voy a hacerte un regalo, jovencita. Un día tan especial como el del vigésimo cumpleaños requiere un recuerdo también muy especial.

Sentada en el sofá, ella negó precipitadamente con la cabeza.

—¡Oh, no! No se moleste, se lo ruego. Yo sólo le he traído la cena porque así me lo han ordenado.

El anciano levantó las manos con las palmas vueltas hacia delante.

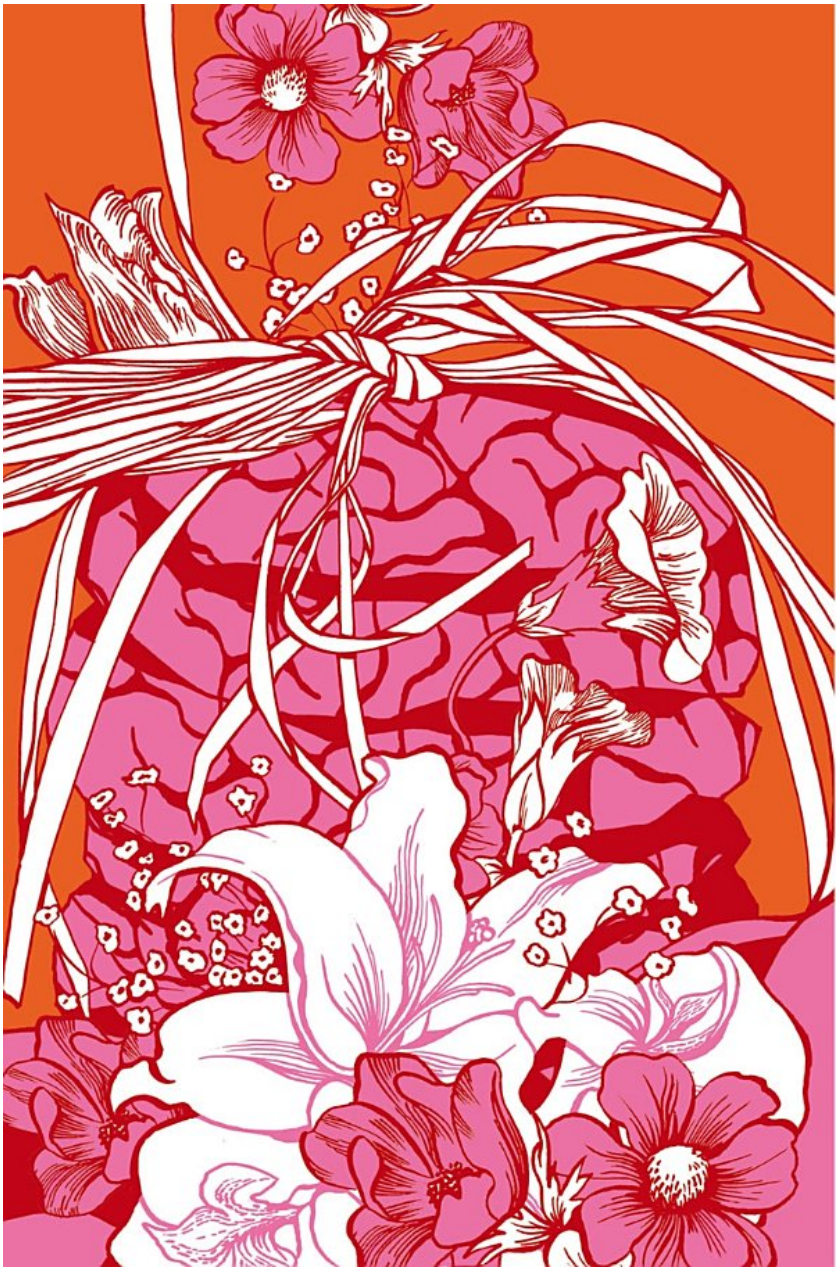
—¡Oh, no, no! Eres tú quien no debe preocuparse. Es un regalo que no tiene forma. No tiene valor. En fin —dijo, posando las manos sobre la mesa. Y suspiró—. En fin, que voy a satisfacer un ruego tuyo, mi joven y preciosa hada. Voy a hacer que se cumpla un deseo. El que tú quieras. No importa cuál. Cualquier deseo que tengas. En el caso de que tengas alguno, por supuesto.

—¿Un deseo? —dijo ella con voz seca.

—*Algo que tú quieras.* Lo que tú desees, jovencita. Si los tienes, te concederé uno de tus deseos. Éste es el regalo de cumpleaños que puedo hacerte. Pero se trata sólo de uno, así que tienes que pensártelo muy, muy bien —dijo el anciano, alzando un dedo en el aire—. Únicamente uno. Después, no podrás cambiar de idea y echarte atrás.

Ella se quedó sin habla. ¿Un deseo? Impulsada por el viento, la lluvia azotaba a ráfagas los cristales con un sonido desigual. Nada rompía el silencio entre ambos. Entretanto, el anciano la miraba sin articular palabra. En el fondo de los oídos de ella resonaban los latidos irregulares de su corazón.

—¿Concederme algo que yo desee?



El anciano no respondió a su pregunta. Todavía con las manos unidas sobre el escritorio, se limitó a sonreír. Fue una sonrisa natural y amistosa.

—Jovencita, ¿tienes algún deseo? ¿O no? —dijo el anciano con voz serena.

Ella me mira de frente.

—Esto sucedió de veras. No me lo estoy inventando.

—No, claro que no —digo yo. Ella no es de esa clase de personas que se inventan las cosas—. ¿Y qué deseo le pediste?

Ella mantiene durante unos instantes la mirada fija en mí. Lanza un pequeño suspiro.

—No vayas a pensar que me creí a pies juntillas todo lo que me decía el anciano. Vamos, que yo, a los veinte años, no creía en cuentos de hadas. Claro que, aun suponiendo que se tratara de una broma que se había inventado sobre la marcha, no puede negarse que tenía su gracia. El anciano tenía mucha clase y yo decidí seguirle la corriente. Aquel día yo cumplía veinte años y no estaba nada mal que sucediera algo fuera de lo corriente. No se trataba de si me lo creía o no.

Asiento en silencio.

—¿Entiendes cómo me sentía? El día de mi cumpleaños iba a acabar así, sin más. Sin que pasara nada, sin nadie que me felicitase, sirviendo *tortellini* con salsa de anchoas. ¡Y yo cumplía veinte años!

Asiento de nuevo.

—Te comprendo —digo.

—Así que formulé un deseo, tal como me decía —me cuenta ella.

El anciano permaneció unos instantes mirándola fijamente, sin decir palabra. Seguía con las manos posadas sobre el escritorio. Junto a ellas se amontonaban gruesas carpetas similares a libros de cuentas. También había objetos para escribir, un calendario y una lámpara con la pantalla de color verde. Aquel par de pequeñas manos parecía formar parte del mobiliario. La lluvia seguía

azotando los cristales de la ventana y, más allá, se veían borrosas las luces de la Torre de Tokio.

Las arrugas del anciano se hicieron un poco más profundas.

—¿O sea que éste es tu deseo?

—Sí.

—Es un deseo muy raro para una chica de tu edad —dijo el anciano—. Lo cierto es que me esperaba otro tipo de cosa.

—Si no puede ser, pediré algo distinto —dijo ella. Y carraspeó otra vez—. No importa. Pensaré en otra cosa.

—¡Oh, no, no! —dijo el anciano, levantando las manos y agitándolas en el aire como si fueran una bandera—. No hay ningún problema. En absoluto. Sólo que me has pillado por sorpresa, jovencita. ¿Seguro que no deseas nada distinto? Como, por ejemplo, ser más hermosa, o más inteligente, o rica. ¿No te importa no pedir una cosa de ésas? ¿Uno de los deseos que pediría cualquier chica de tu edad?

La joven se tomó su tiempo para elegir las palabras adecuadas. Mientras tanto, el anciano aguardaba paciente y sin decir nada. Con las manos apaciblemente posadas sobre el escritorio.

—Claro que me gustaría ser más guapa, y más inteligente, y rica. Pero si estos deseos se cumplieran, no puedo ni imaginar qué sería de mí. Tal vez se me escapara todo de las manos. Yo todavía no sé muy bien de qué va la vida. En serio. No sé cómo funciona.

—¡Ah, claro! —dijo el anciano, entrecruzando los dedos y descruzándolos a continuación—. ¡Ah, claro!

—¿Mi deseo es posible?

—Por supuesto —dijo el anciano—. Por supuesto. Por mi parte, no hay ningún problema.

De repente, el anciano clavó la vista en un punto del espacio. Las arrugas de la frente se hicieron aún más profundas. Como si los pliegues del cerebro estuviesen concentrados en una idea. Parecía estar mirando algo —una diminuta pluma invisible a nuestros ojos, por ejemplo— que flotara en el aire. Luego extendió los brazos, se alzó un poco del asiento y entrechocó las palmas de las manos con energía. Sonó un chasquido seco. Después se sentó. Se palpó suavemente las arrugas de la frente con las yemas de los dedos y esbozó una plácida sonrisa.

—¡Ya está! Tu deseo se ha cumplido.

—¿Ya se ha cumplido?

—Sí, ya se ha cumplido. Ha sido una tarea fácil —dijo el anciano —. Feliz cumpleaños, hermosa jovencita. Sacaré el carrito al pasillo, así que no te preocupes. Puedes volver a tu trabajo.

Montó en el ascensor y regresó al restaurante. Puede que se debiera a que iba con las manos vacías, pero ella se notaba el cuerpo extrañamente liviano, tenía la impresión de caminar sobre una materia blanda de naturaleza desconocida.

—¿Te ha ocurrido algo? Parece que estés en la luna —le preguntó el camarero joven.

Ella negó con la cabeza mientras esbozaba una vaga sonrisa.

—¿Ah, sí? Pues no me ha pasado nada —contestó.

—Oye, ¿y cómo es el dueño? —quiso saber el camarero.

—Pues no sé. Apenas lo he visto —respondió ella con indiferencia.

Una hora y media más tarde fue a recoger los cacharros. Estaban sobre el carrito, en el pasillo. Levantó la tapa y vio que de la comida no quedaba ni una miga y que el botellín de vino y la cafetera también estaban vacíos. La puerta de la habitación 604 estaba cerrada, sin señal alguna. Ella se quedó en silencio durante unos instantes mirándola. Le daba la impresión de que iba a abrirse de un momento a otro. Pero eso no sucedió.

Bajó el carrito en el ascensor y lo llevó hasta el fregadero.

El cocinero miró los platos, vacíos como de costumbre, y asintió de forma inexpresiva.

—Jamás volví a ver al dueño —dice ella—. Lo del encargado fue sólo un dolor de estómago y, al día siguiente, fue él quien le llevó la comida al dueño; además, al empezar el año yo dejé el trabajo. Y después ya nunca regresé al restaurante. No sé por qué, pero me daba la sensación de que era mejor mantenerme alejada. Tenía una especie de presentimiento. —Ella jugueteaba con el posavasos, pensativa—. A veces, me parece que todo lo que ocurrió la noche del día de mi vigésimo cumpleaños fue sólo una ilusión. Que, por lo que sea, acabé convenciéndome de que había ocurrido algo que en realidad no ocurrió. Que únicamente se trata de eso. Pero ¿sabes? Aquello sucedió, sin ningún género de dudas. Aún hoy puedo recordar al detalle, con toda claridad, cada uno de los muebles y objetos que había en la habitación seiscientos cuatro. Aquello ocurrió de verdad y, posiblemente, tuvo un gran significado para mí.

1 2 3 4

Durante unos instantes, los dos permanecemos en silencio, dando sorbos a nuestras respectivas bebidas y pensando, tal vez, en cosas diferentes.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le digo—. Aunque, hablando con propiedad, son dos.

—Sí —dice ella—. Pero me imagino que lo que quieres saber es cuál fue mi deseo, ¿me equivoco?

—No parece que quieras decírmelo.

—¿Eso parece?

Asiento.

Ella deja el posavasos y entrecierra los ojos como si estuviera observando algo en la distancia.

—Los deseos no deben contarse a nadie.

—Ni yo pretendo sonsacártelo —digo—. Lo que me gustaría saber es si tu deseo se ha cumplido. Y si tú te has arrepentido alguna vez de *haber elegido el deseo que elegiste,* fuera el que fuese. Es decir, si alguna vez has pensado: «¡Ojalá hubiera pedido otra cosa!».

—La respuesta a la primera pregunta es sí y no. Mi vida todavía sigue y no sé qué va a sucederme en el futuro.

—¿O sea que es un deseo que tarda tiempo en cumplirse?

—Sí —dice ella—. El tiempo desempeña aquí un papel importante.

—¿Como en la elaboración de algunas comidas?

Ella asiente.

Reflexiono un poco sobre lo que ha dicho. Pero la única imagen que acude a mi cabeza es la de una gigantesca tarta horneándose a baja temperatura.

—¿Y la segunda pregunta? —quiero saber.

—¿Cuál era la segunda pregunta?

—Si te has arrepentido alguna vez de tu elección.

Sobreviene un breve silencio. Ella me mira con ojos faltos de profundidad. A sus labios aflora la sombra marchita de una sonrisa. A mí me recuerda a una renuncia silenciosa y triste.

—Yo ahora estoy casada con un miembro de la Contaduría del Estado tres años mayor que yo y tengo dos hijos —me cuenta—. Un niño y una niña. Y un setter irlandés. Y monto en mi Audi para ir dos veces a la semana a jugar al tenis con mis amigas. Ésta es mi

vida ahora.

—Pues no parece tan mala, la verdad —digo.

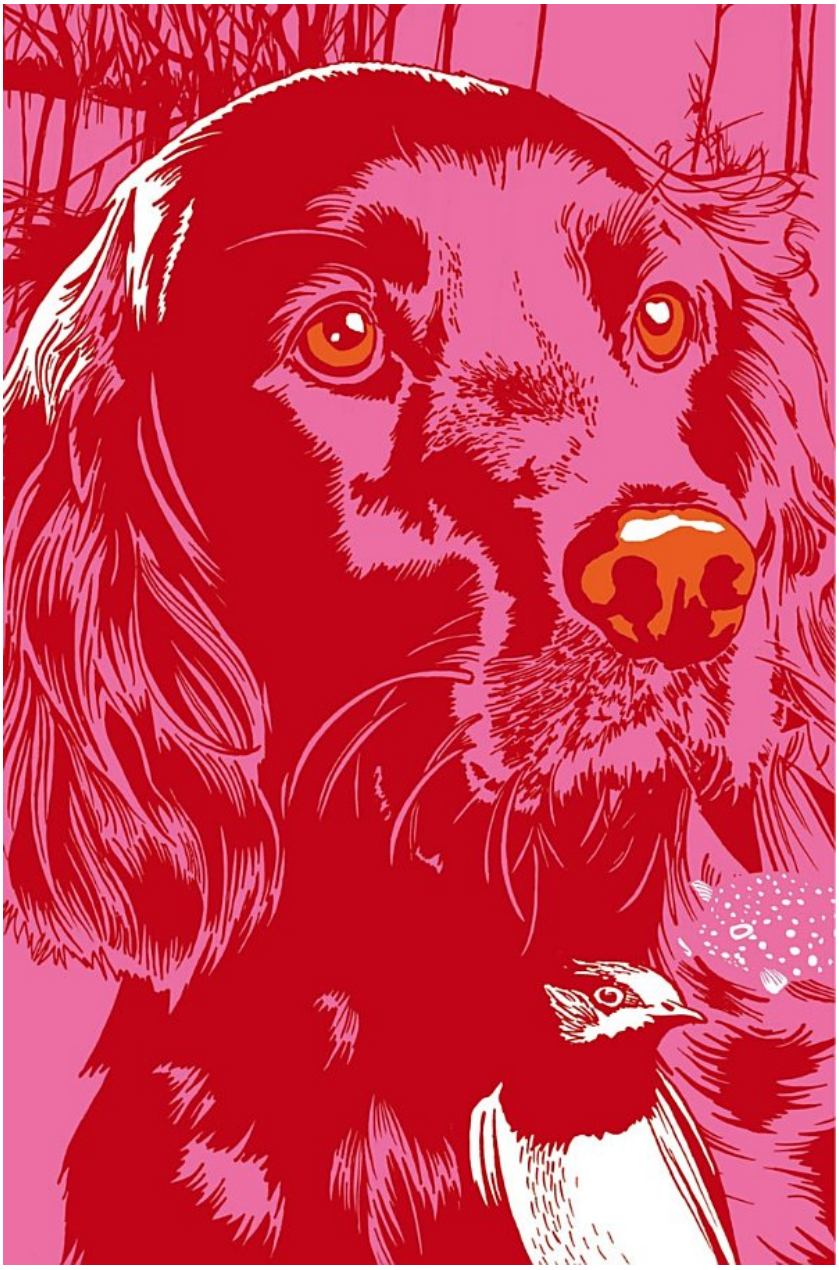
—¿Aunque el parachoques tenga dos abolladuras?

—¡Pero si los parachoques están para ser abollados!

—Eso tendría que ir en una pegatina —dice ella—: LOS PARACHOQUES ESTÁN PARA SER ABOLLADOS.

Le miro los labios.

—Lo que quiero decir —prosigue ella en voz baja; se rasca el lóbulo de la oreja, un lóbulo muy bien formado— es que una persona, desee lo que desee, llegue hasta donde llegue, jamás puede dejar de ser ella misma. Sólo eso.



—Eso tampoco quedaría mal en una pegatina: UNA PERSONA, LLEGUE HASTA DONDE LLEGUE, JAMÁS PUEDE DEJAR DE SER ELLA MISMA.

Ella se ríe alegremente a carcajadas. Y aquella sombra marchita de una sonrisa desaparece como por ensalmo.

Hinca un codo en la barra y me mira.

—Oye, si tú hubieras estado en mi situación, ¿qué habrías pedido?

—¿Te refieres a la noche de mi vigésimo cumpleaños?

—Sí —dice.

Reflexiono durante largo rato. Pero no se me ocurre ningún deseo.

—Pues no se me ocurre nada —le digo con franqueza—. Mi vigésimo cumpleaños queda ya demasiado lejos.

—¿Nada? ¿En serio?

Niego con la cabeza.

—No, nada.

—¿Ni uno?

—Ni uno —digo.

Ella vuelve a mirarme a los ojos. Una mirada muy franca y directa.

—Seguro que ya lo habrás pedido —me dice.

—Pero se trata sólo de uno, hermosa jovencita, así que tienes que pensártelo muy, muy bien. —En las tinieblas, un anciano que llevaba una corbata de la tonalidad de la hojarasca alzó un dedo en el aire—. Únicamente uno. Después, no podrás cambiar de idea y echarte atrás.

MI CUMPLEAÑOS

Hablaré primero de un cumpleaños. De mi propio cumpleaños.

Vine al mundo el 12 de enero de 1949. Eso significa que pertenezco a la llamada generación del *baby boom*. Aquella Gran Guerra, que se había prolongado durante largo tiempo, al fin había concluido y las personas que, mal que bien, habían logrado sobrevivir miraron a su alrededor, lanzaron un hondo suspiro de alivio, se casaron y empezaron a tener un hijo tras otro. Y, durante aquellos cuatro o cinco años, la población mundial creció de un modo formidable, ostensible, sin precedentes. Yo soy uno de aquellos incontables niños anónimos nacidos en esos años.

Nos trajeron al mundo entre las ruinas calcinadas de los salvajes bombardeos aéreos y crecimos año tras año, en plena Guerra Fría, a la par que el desarrollo económico, con solidez y constancia; florecimos al llegar a la adolescencia y recibimos el bautismo de la contracultura en la segunda mitad de la década de los sesenta. Ardimos de idealismo y alzamos nuestra voz contra un mundo anquilosado, escuchamos The Doors y a Jimi Hendrix (¡Paz!); después aceptamos, nos gustara o no, una vida real que poco tenía que ver con el idealismo y con el rock and roll, y ahora nos encontramos en la mitad de la cincuentena. En el curso de nuestras vidas también han tenido lugar acontecimientos dramáticos, como el de la primera vez que el hombre pisó la Luna o el de la caída del Muro de Berlín. Cuando ocurrieron, como es natural, parecían tener un gran significado. De hecho, incluso es posible que influyeran de un modo u otro en mi vida. Sin embargo, ahora, volviendo la vista atrás, si me preguntara si aquellos sucesos alteraron el balance de mi vida personal entre la felicidad y la desdicha, o entre la esperanza y el desengaño, diría, honestamente, que no parece que lo afectaran demasiado. Después de celebrar tantos cumpleaños, después de ser testigo de tantos grandes acontecimientos, por más

tiempo que haya transcurrido, yo sigo siendo yo y, de hecho, tengo la sensación de que no podía haberme convertido en algo distinto de lo que ahora soy.

Hoy en día, mientras conduzco, introduzco en el estéreo de mi coche un CD plateado de Radiohead o de Blur. Son las cosas de esta índole, por ejemplo, las que me llevan a comprender un hecho real: que el tiempo pasa. Y yo, aquí y ahora, estoy viviendo en el siglo XXI. Haya intentado mi esencia como ser humano, es decir yo, cambiar o no, lo cierto es que la Tierra ha seguido girando alrededor del Sol, vuelta tras vuelta, a la misma velocidad.

Por esa razón, también a mí, también ahora, una vez al año me llega en silencio el día del aniversario. Si me preguntan si me hace feliz su llegada, sólo puedo responder: «No me hace especialmente feliz». ¿Hay alguien que considere un logro excepcional pasar, por ejemplo, de los cincuenta y tres años a los cincuenta y cuatro? Supongamos que un médico sentenciara a uno de sus pacientes: «Usted no pasará de los cincuenta y dos. Es duro, pero debe resignarse. Ponga orden en sus asuntos y redacte el testamento ya». Si ese paciente consiguiera alcanzar sano y salvo el amanecer del día de su cincuenta y cuatro cumpleaños, entonces, desde luego, sí tendría algo digno de celebrar. Eso sí sería un gran logro. Podría muy bien fletar un barco, salir al centro de la bahía de Tokio y ofrecer una magnífica exhibición de fuegos artificiales. La ocasión lo merecería con creces. Pero yo, para bien o para mal (será para bien, por supuesto), no recuerdo que me hayan dictado jamás una sentencia de muerte. De modo que, aunque celebre años, no me considero especialmente feliz. Como máximo, abro una botella de un vino un poco especial a la hora de la cena. Pero volveré sobre ello más adelante.

A propósito de los cumpleaños, viví en cierta ocasión una experiencia muy extraña. Aunque, pensándolo bien, sólo fue extraña para mí, a título personal.

La mañana de un día en que cumplía años, estaba en la cocina de mi apartamento de Tokio escuchando la radio. Suelo levantarme y empezar a trabajar temprano. Me levanto a las cuatro o las cinco de la mañana, me preparo un café, uno solo (mi mujer todavía

duerme), tuesto pan, me lo como, y luego me siento ante el escritorio de mi despacho y me pongo a trabajar. Mientras preparo el desayuno suelo oír las noticias por la radio. No es que me apetezca escucharlas en particular. Tampoco es que encuentre noticias especialmente relevantes. La única razón para hacerlo es que, solo, me aburro, y como no se me ocurre nada mejor que hacer, acabo poniendo ineludiblemente la radio. En aquella ocasión, mientras calentaba el agua en un cazo y me preparaba el café, el locutor de la radio iba desgranando la agenda social del día. Hoy, en tal lugar, se celebra tal acto público…, ese tipo de cosas. Por ejemplo, que Su Majestad el Emperador presidiría la ceremonia de plantación de un árbol; que un gran transatlántico inglés entraría en Yokohama; que aquél era el día de la goma de mascar y que se realizarían en numerosos lugares una gran variedad de actos dedicados al chicle (cuesta creerlo, pero esa clase de días existen de verdad; no miento).

Al final, como parte de la agenda social del día, el locutor citó los nombres de las personas famosas que cumplían años aquel 12 de enero. Y, entre ellas, mira por dónde, me encontraba yo. Dijo: «El novelista Haruki Murakami celebra hoy su *** cumpleaños». Como estaba distraído y escuchaba la emisión sin pensar en nada, al oír de repente mi nombre, casi vuelco el cazo lleno de agua hirviendo. «¡Vaya!», exclamé. Y de modo inconsciente eché una mirada circular por toda la habitación. «Mi cumpleaños ya no es sólo mío», reflexioné poco después, impresionado. «Ahora podríamos decir que está incluido en una agenda social.»

¿Agenda social?

En fin, dejémoslo. Fuera así o no, entre todas las personas que estaban en aquel momento en pie (o sentadas) escuchando la radio en todo Japón, es posible que, al escuchar aquella emisión —era una emisión nacional—, algunas quizá pensaran en mí siquiera un instante. Quizá se dijeran, por ejemplo: «¡Qué curioso! De modo que hoy es el cumpleaños de Haruki Murakami». O tal vez: «¡Anda! También Haruki Murakami tiene *** años». O también: «¡Mira por dónde! ¡Así que la gente como Haruki Murakami también cumple años como todo el mundo!». Por cierto, ¿cuántas personas habría en todo Japón escuchando las noticias de la radio a aquellas horas estrambóticas de antes del amanecer? ¿Unas decenas de miles? Y

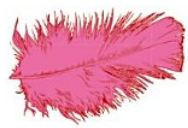
entre éstas, ¿cuántas personas habían oído hablar de mí? ¿Unos miles? No tenía la menor idea.

Sin embargo, fueran muchas o pocas, sentí que allí existía una especie de suave lazo natural con el mundo. Y si bien ese lazo no tenía ninguna función práctica, era un lazo que no suponía molestia alguna. Era, por así decirlo, el lazo de «ser el cumpleaños de alguien»… Por unos instantes traté de imaginarme ese lazo de forma concreta. El material del que estaba hecho, su color, su longitud, su consistencia. También intenté pensar durante unos instantes en los ideales, en los acuerdos, en la Guerra Fría y en el crecimiento económico. También pensé en el hecho de envejecer. Y también pensé, no sé por qué, en testamentos y fuegos artificiales. Después dejé de pensar por un rato y puse mis cinco sentidos en preparar un buen café.

Y me serví el café recién hecho en una taza grande (lleva el logo del Museo Natural de Australia; me la había comprado en Sidney) y, con la taza en la mano, me dirigí a mi cuarto de trabajo, tomé asiento frente al escritorio, encendí mi Macintosh, puse un concierto para instrumentos de viento de Telemann a bajo volumen y emprendí el trabajo del día. Fuera todavía estaba oscuro. Un día acababa de empezar. Era un día extraordinario, pero, al mismo tiempo, era un día completamente normal. Como siempre, estoy trabajando ante la pantalla del ordenador. Es posible que un día de éstos me visite uno de esos cumpleaños dramáticos de los que te impulsan a coger un barco, ir hasta el centro de la bahía de Tokio y ofrecer una magnífica exhibición de fuegos artificiales. Si llega un cumpleaños así, digan lo que digan, fletaré un barco y, sin dudarlo, saldré en pleno invierno a la bahía de Tokio con los fuegos artificiales bajo el brazo. Pero hoy, al menos, no es así. El cumpleaños de este año no es así. Y yo me limito a permanecer ante el escritorio haciendo en silencio el trabajo de una jornada, como de costumbre.

Tal como he dicho, mi cumpleaños es el 12 de enero. Una vez busqué en Internet qué personas cumplían años este día. Cuando entre ellas descubrí a Jack London, me sentí inmensamente feliz. (Dicho sea de paso, también apareció el nombre de una de las Spice

Girls.) El caso es que durante muchos años he sido un lector ferviente de las novelas de Jack London. No sólo he leído sus obras más emblemáticas, como *Colmillo blanco* o *La llamada de la selva;* también he devorado sus novelas menos conocidas e incluso su biografía. Amo su estilo sencillo y vigoroso, y su visión novelística, clara hasta lo excepcional. Amo su energía singular, que trasciende los límites del sentido común, y cómo avanza siempre hacia delante, en línea recta, pase lo que pase, con ahínco, como si tratara de llenar algún vacío. Siempre he creído que merecería gozar de un prestigio literario muy, muy superior al que tiene. Jack London y yo compartimos íntimamente el mismo día de cumpleaños, el 12 de enero. Debo añadir que el de Jack London precedió al mío en setenta y tres años: él nació el 12 de enero de 1876.

A principios de la década de 1990, mientras viajaba por California, visité el rancho que London había poseído en un lugar llamado Glen Ellen, en el condado de Sonoma, para rendir homenaje a este escritor legendario. Aquel día había alquilado un coche y recorría sin prisas las bodegas del valle de Napa cuando, de pronto, recordé que en esa zona debía de hallarse el rancho en el que vivió Jack London, de modo que busqué en una guía turística y decidí desviarme de mi camino para visitarlo. En 1905, London adquirió unas bodegas situadas en Glen Ellen y las transformó en un rancho de agricultura experimental a gran escala de quinientas sesenta y seis hectáreas. Y hasta el año de su muerte, en 1916, residió allí y se dedicó a administrar el rancho mientras escribía novelas. Todavía se conserva una parte de la propiedad (unas dieciséis hectáreas), bajo el nombre de «Jack London State Historic Park». Es un lugar muy hermoso. Los rayos de sol son muy claros y un viento dulce y suave acaricia la hierba mientras atraviesa las colinas. Pasé una tarde de otoño muy agradable contemplando las habitaciones y el escritorio que el autor había usado.

Esos placenteros recuerdos también cuentan, y yo, todos los años, el día de mi aniversario, a la hora de la cena, descorcho una botella de vino Jack London (un cabernet sauvignon). Este vino no es de Glen Ellen, sino de unos terrenos vecinos llamados Kenwood; aun así, procede de unas bodegas distinguidas con el título «Jack London Vineyard», y en la etiqueta de la botella está impreso el dibujo original de un lobo que Jack London utilizó para su libro. Ese día, alzo la copa de vino y brindo por el descanso eterno de este brillante escritor norteamericano con quien comparto el día del cumpleaños. Quizá no sea un rito muy apropiado brindar en memoria de un hombre que bebió sin medida y que acabó muriendo, con sólo cuarenta años, aquejado de una enfermedad renal. O quizá sea el rito perfecto. Lo cierto es que este «vino Jack London» es un vino con cuerpo, seco, delicioso. Se produce en poca cantidad y tal vez sea difícil de encontrar, pero es el idóneo para saborear mientras uno lee una novela de Jack London.